

que los Corintios se portasen bien ó mal en la batalla de Salamina? No por eso es menos verdad que en Salamina, en Platea, y en las Termópilas algunos miles de griegos resistieron á millones de persas, y que entonces se hizo patente, acaso por la primera vez, esta grande é insigne verdad, que el amor de la patria es capaz de hacer cosas que parecen superiores á las fuerzas humanas.

La historia es un teatro, en que se ponen en accion la política y la moral: los jóvenes reciben en ella las primeras impresiones, que deciden algunas veces de su destino; es, pues, preciso presentarles buenos modelos que seguir, é inspirarles horror al falso heroismo. Los soberanos y las naciones pueden tomar en ella lecciones importantes; es pues preciso que el historiador sea impasible como la justicia, cuyos derechos tiene que sostener, y sincero como la verdad, de quien se propone ser el órgano. Su ministerio es tan augusto, que solo deberian ejercerlo hombres de conocida probidad, y bajo la inspeccion de un tribunal tan severo como el areopago. En una palabra, dijo Euclides para acabar, la utilidad de la historia no la disminuyen sino los que no saben escribirla, y no la desconocen sino los que no saben leerla.

## CAPITULO LXVI.

DE LOS NOMBRES PROPIOS USADOS ENTRE LOS GRIEGOS.

Platon ha compuesto un tratado, en que trae muchas etimologías de los nombres de los heroes, de los genios y de los dioses, tomándose aquella licencia, que es tan propia de esta especie de trabajo. Animado de su ejemplo, sin tomarme tanta libertad, pondré aquí algunas observaciones sobre los nombres propios que usan los Griegos, hechas por casualidad en las dos conversaciones que acabo de referir. En ellas mismas ocurrieron mas de una vez varias digre-

siones de otra especie, en que se habló de la filosofía y muerte de Sócrates; y en ellas adquiri varias noticias, de que haré uso en el capítulo siguiente.

Se distinguen dos suertes de nombres; unos simples y otros compuestos. Entre los primeros los hay que traen su origen de cierta semejanza, que se notó entre tal hombre y tal animal. Por ejemplo, Leo, *el leon*; Licos, *el lobo*; Moscos, *el becerro*; Corax, *el cuervo*; Sauros, *el zorro*; Batracos, *la rana*; Alecrion, *el gallo*; etc. Los hay tambien que parecen tomados del color del rostro: Argos, *el blanco*; Melas, *el negro*; Xantos, *el rubio*; Pirros, *el bermejo* \*.

Algunas veces ponen á un niño el nombre de alguna divinidad, dándole una ligera inflexion. Así es, como Apolonios, viene de Apolo; Poseidonios, de Poseidon ó Neptuno; Demetrios, de Demetro ó Ceres; Ateneo, de Atené ó Minerva.

Los nombres compuestos son muchos mas que los simples. Si dos esposos creen haber alcanzado con sus oraciones el nacimiento de un niño, que es la esperanza de su familia, entonces, en señal de reconocimiento, se añade con una leve

\* Argos es lo mismo que Argus; Pirros que Pirrus, etc., porque los Latinos terminaron en *us*, los nombres propios que los Griegos terminaban en *os*.

mudanza, la palabra *doron*, que significa *dádica*, al nombre de la divinidad protectora. De aquí vienen los nombres de Teodoro, Diodoro, Olimpiodoro, Hipatodoro, Herodoro, Atenodoro, Hermodoro, Hefestiodoro, Heliodoro, Asclepiodoro, Cefisodoro, etc., es decir, *dádica* de los dioses, de Júpiter, del dios de Olimpia, del Altísimo, de Juno, de Minerva, de Mercurio, de Vulcano, del Sol, de Esculapio, del rio Cefiso, etc.

Hay algunas familias que pretenden descender de los dioses, y de aquí vienen los nombres de Teógenes ó Teágenes, *hijo de los dioses*; Diógenes, *hijo de Júpiter*; Hermógenes, *hijo de Mercurio*, etc.

Es digno de notarse, que la mayor parte de los nombres que menciona Homero, son títulos de distincion; los cuales se concedieron como recompensa á las calidades mas apreciadas en los tiempos heroicos, tales como el valor, la fuerza, la ligereza en la carrera, la prudencia y otras virtudes. De la palabra *polemos*, que significa *la guerra*, se formó Tlepolemo, es decir, *propio para sufrir las fatigas de la guerra*; Arquepolemo, *propio para dirigir las operaciones de la guerra*.

Juntando á la palabra *maco*, *combate*, algunas preposiciones, y diversas partes de oracion, que modifican el sentido de una manera honrosa,

se componen los nombres de Anfimaco, Antimaco, Prómaco, y Telémaco. Haciendo lo mismo con la palabra hénorea, *fuerza, intrepidez*, se formó Agapenor, *el que estima el valor*: Agenor, *el que lo dirige*; Protoenor, *el primero por su valor*; y otros muchos, como Alegenor, Antenor, Elefenor, Euquenor, Pesenor, Hipsenor, Hiperenor, etc. De la palabra damao, *yo domo, yo sujeto*, se formó Damastor, Anfidamas, Querisdamas, Ifidamas, Polidamas, etc.

De toos, *ligero en el correr*, se derivaron los nombres de Areitoo, Alcatoo, Pantoo, Piritoo, etc. De noos, *espíritu, inteligencia*, los de Astinoo, Arsinoo, Autonoo, Ifinoo, etc. De medos, *consejo*, los de Agámedes, Eúmedes, Licómedes, Perimedes, Trasimedes. De cleos, *gloria*, los de Anficles, Agacles, Baticles, Doriclos, Equeclos, Ificlos, Patroclo, Cleóbulo, etc.

De aquí se sigue, que muchos particulares tenían entonces dos nombres, el que le habían dado sus padres, y el que merecieron por sus acciones; pero el segundo dejó luego al otro en el olvido.

Los títulos de honor, que he mencionado, y otros muchísimos que suprimo, como los de Ormenos, *el impetuoso*, y Asteropeos, *el que arroja rayos*, se trasmitían á los hijos, para recordarles las acciones de sus padres, é incitarlos á que los imitasen; por lo cual han llegado

hasta estos tiempos; y como han pasado á toda clase de ciudadanos, no imponen obligacion alguna, antes bien, á veces resulta de ellos un contraste singular con el estado ó el caracter de los que los han recibido en su infancia.

Vino á Atenas un persa, que fundaba todo su mérito en el lustre de su nombre, y á quien yo habia conocido en Suza: fui un día con él á la plaza pública, y habiéndonos sentado cerca de unos atenienses que estaban en conversacion, me preguntó por sus nombres, y me pidió que se los explicase. El primero, le dije yo, se llama Eudoxio, esto es, *ilustre, honorable*; y veis aquí que mi persa se inclina ante Eudoxio. El segundo, añadí yo, se llama Policleto, que significa *muy célebre*: otra reverencia mas profunda. Sin duda, me dijo, estos dos personajes estarán á la cabeza de la república. Nada de eso, le respondí: esos son hombres comunes, apenas conocidos. El tercero, que parece tan endeble, se llama Agástenes, ó Megástenes, que significa *el fuerte*, y aun *el fortísimo*. El cuarto, que es tan gordo y pesado, se llama Protoo, palabra que significa *el ligero, el que lleva la delantera en la carrera*. El quinto, que os parece tan triste, se llama Epicaris, *el alegre*. ¿Y el sexto, me dijo el persa impacientado? El sexto es Sostrato, es decir, *el salvador del ejército*. — ¿Con que habrá tenido mando? — No; nunca ha servido.

El séptimo, que se llama Clitómaco, *ilustre guerrero*, siempre ha huido, y se le ha declarado infame. El octavo se llama Diceo, *el justo*.— ¿Y qué?— ¡Y qué! Que es el mayor pícaro que hay. Iba á citarle todavía el nono que se llamaba Evelton, *el bien venido*, cuando el extranjero se levantó, y me dijo: estas gentes deshonran sus nombres. Pero á lo menos, le respondí, estos nombres no les inspiran vanidad.

Casi no se halla en Homero denominacion alguna afrentosa. Hoy día son muy ordinarias; pero mucho menos de lo que se debería esperar de un pueblo, en quien hace fácilmente impresion lo ridículo y lo defectuoso.

